



Todo
en
orden

María José Sesma

Todo en orden

María José Sesma

Cada año es el recital de baile español. Todas las mujeres de mi familia, desde mi abuela hasta mis primas, somos parte del espectáculo. Los ensayos son muy divertidos porque jugamos en el teatro cuando las luces están apagadas, subimos hasta el tercer piso, que es donde vive el fantasma.

Llega el día, el vestuario es complicado: son calzones largos, medias, zapatillas, falda, delantal, camisa y chaleco. Este año voy de aragonesa. Mi peinado será un chongo, con broches incrustados, relamido con espray. Tengo cinco años. Mi mamá me sienta en la barra de su baño para maquillarme: sombra azul o verde, la línea negra del párpado superior y después la del inferior, con la que siempre me lloran los ojos. -¡No los cierres, te digo! –me grita.

Trato con todo mi esfuerzo pero me resulta imposible mantener los ojos abiertos. Se me corre el maquillaje y ella se desespera. Me manda a mi cuarto para que regrese cuando los ojos me dejen de llorar.

-No me gusta la línea de abajo -le digo.

-Así es esto –me responde.

En el segundo intento el ojo vuelve a llorar ahora a causa del rímel. Siento la respiración de mi mamá en la cara y esa claustrofobia insoportable. Trato de esperar, de tener paciencia, pero cada vez aguanto menos. Si me desespero me va peor. Mantengo los ojos abiertos, trato de no moverme o respirar mucho, porque mi respiración le da asco.



La casa de mi abuela es una caja negra, el punto más oscuro de la noche. Las cortinas del jardín están abiertas, la negrura invade la atmósfera profundamente, no hay diferentes densidades ni olores, simplemente un color negro traslúcido. Las personas no ocupan un espacio importante, sus huecos se pueden sentir.

Estoy acostada en una cama donde debería estar la mesa del antecomedor. La cama entonces se convierte en la mesa misma. Al darme cuenta que detrás de mi cabeza está la ventana y a mis pies está el espejo, tengo la peor sensación. Hay algo ahí. Una presencia peligrosa e intimidante, un monstruo oscuro hecho de aire, reposa en las habitaciones de la casa.

Abro los ojos, sigo encima de la mesa, siento que he dejado de respirar, que me convertido en un mueble. Mi cuerpo no responde, he perdido movimiento de la cintura hacia abajo. De hecho siento la mesa inclinada hacia mi cabeza.

Despego la parte alta del cuerpo, totalmente adormecida y a través de esa pesadez puedo ver que a mi lado está mi hermana, mi tía está del otro, resignadas y sin miedos las dos en un sueño profundo, están viviendo su realidad lejos, en alguna parte de la imaginación.

Me despierto con muchísimo miedo, respiro agitada para sacar ese miedo de mi cuerpo.

-Es sólo un sueño, no pasa nada –me digo.

Oigo que se abre la puerta de mi cuarto, el espejo está ahora más cerca de mi cama. Hago varios intentos por enfocar y ver bien. Cuando lo logro el espejo está en su lugar. La puerta está cerrada.





El domingo hay comida familiar después de misa. Una tía siempre llega tarde y todos se molestan por tener que esperarla para comer. Hay algo en sus miradas que carga el ambiente de tensión, especialmente los domingos o durante los eventos importantes como Navidad. A veces las cinco hermanas se encierran a hablar en un cuarto y salen mostrando gestos de reprobación o resentimiento. De repente alguna llora, pero la escena se mantiene debajo del agua. Sus esposos no lo advierten y si se dan cuenta no se involucran. Ven el fútbol y toman cerveza. Prefiero irme con ellos.







Mi prima Patricia tiene tres años y moretones en los brazos. Estamos a cuarenta grados. Su mamá insiste en que no se quite el suéter durante la fiesta. Patricia visto a su mamá llorar mientras lava los trastes y también que la ha visto ordenando el refrigerador en la madrugada. Me ha dicho además que mi tía entra en su cuarto algunos días, le grita y avienta los juguetes por todas partes aunque no haya motivos. Mi prima era ruda, mandona y gritona. Un día de repente cambió. No volvió a tener un cabello sin peinar, su cuarto comenzó a lucir impecable, se convirtió en una muestra de elegancia y educación. Eso ocurrió cuando tenía siete años.



En la casa de mi abuela hay un cuarto lleno de vestidos y de disfraces. Mis primas y yo los usamos para ir a jugar al jardín; ahí hay un columpio doble que algunas veces es nuestra máquina del tiempo y otras es un barco. El boleto necesario para subir son hojas de árbol, la que consiga la hoja mas grande sube primero.

En el área de los bambúes está la bruja, la casa de muñecas se encuentra al fondo del jardín y es de tamaño real, tiene dos camas y un buró. Cuando eso no nos basta subimos a la azotea porque está prohibido.

Si nos quedamos a dormir en la casa de muñecas ponemos el despertador a la una de la mañana, agarramos las corbatas de mi abuelo y hacemos una cuerda para no perdernos al ir a la cocina para comer gelatina en polvo.





